

HENRY PICKER: *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-1942*.—Bonn, Athenäum-Verlag, 1951.—463 páginas.

Constituye el libro la presentación de las manifestaciones de Hitler en las sobremesas de sus espartanos almuerzos o cenas, la mayoría en su Cuartel General llamado «Wolf-schanze», en Rastenburg (Prusia Oriental), desde el 21 de julio de 1941 hasta el 9 de julio de 1942, y otras en el llamado «Werwolf» (1), próximo a Wyniza (Ucrania), desde el 17 del mismo mes hasta el 2 de agosto de 1942.

Dichas manifestaciones y juicios de Hitler se agrupan cronológicamente bajo nueve grandes epígrafes, según la materia más destacada.

El I comprende lo referente a Política exterior. El II, lo relacionado con la guerra. El III, Política interior. El IV, Prensa y Propaganda. El V, Los aspectos raciales. El VI, Los morales. El VII, Los religiosos. El VIII, Los artísticos; y el IX, Los históricos y recuerdos personales.

Contiene, además, el libro una introducción del profesor Dr. Gerhard RITTER y un apéndice con el discurso secreto de Hitler a los jóvenes y futuros directivos nacionalsocialistas, pronunciado el 23 de noviembre de 1937. Tanto la introducción como el discurso son de verdadero interés.

La primera es un análisis general de las opiniones y juicios de Hitler a que se refiere el libro, hecho con agudeza y objetividad. Tal vez sería más objetivo todavía

si subrayase, repartiendo equitativamente la responsabilidad de lo ocurrido en Alemania, además de entre Hitler y su sistema, tanto entre los políticos indígenas, cuya corta vista y talla preparó el advenimiento al Nacional-Socialismo, como entre los estadistas extranjeros responsables de la política mundial, especialmente ingleses y franceses, que no supieron o no quisieron abrir cauces adecuados a la vitalidad germánica, y que sobre todo se presentaron siempre más como enemigos del pueblo alemán en su conjunto que del sistema político que lo regía.

La insuficiencia de los políticos anteriores a Hitler se reconoce, con todo, breve y explícitamente por el Dr. RITTER cuando señala, en la página 14, cómo «fue la desgracia de Alemania el que no se diese en la República de Weimar ningún hombre que pudiese medirse con Hitler».

El discurso secreto del 23 de noviembre de 1937 es la quintaesencia de la doctrina de Hitler, perfectamente coherente y lógica, dadas sus conocidas ideas, basadas en los principios de superioridad racial, conceptos darwinistas y nietzschianos, con desprecio e ignorancia total del ideal católico.

«Por los frutos conoceréis los árboles», escrito está, y una amarga ceniza se posa en el corazón del hombre, no sólo alemán, sino del europeo, que ha vuelto la espalda a la Verdad y se ha deleitado en los frutos de la Mentira. Pero de ello no es sólo Hitler culpable. De la Reforma para acá muchos han sido los políticos pecadores contra el espíritu.

Por las manifestaciones de Hitler se ve que tenía casi obsesión con la Iglesia de Cristo; pero, cosa curiosa, no veía en ella más que la cáscara, una organización que temía y odiaba. Por completo ignoraba su

(1) Son curiosas las designaciones «Wolf-schanze» y «Werwolf». La primera designa el cubil de un lobo y la segunda designa, en el saber popular alemán, al hombre-lobo que vive y se confunde con los lobos, recuerdo de añeja conseja corriente en toda Europa. Para una mentalidad española no resulta grata la asociación de ideas que implica el ligar el nombre de ese antipático animal con la misma cabeza del Estado.

primero y esencial apoyo: Cristo mismo, y así con frecuencia saca a relucir la Iglesia y la Religión; pero no comprende e ignora ese lazo vivo y personal de Cristo con su Iglesia y de Cristo con cada católico. Apenas si cita a Cristo, y es sólo para hacerlo ario (!) y criticar a San Pablo como un pre-bolchevique que movilizó a la canalla plebeya contra el Mundo Antiguo, «ordenadamente bello» (pág. 348).

No es presumible que un hombre sin fe perciba fácilmente tales raíces directas Cristo-Iglesia y Cristo-Creyente; pero un político que presume de visión está obligado a ello y ha de saber apreciar su importancia, proyectada en el campo político. Incluso niega rotundamente el aspecto espiritual de la Iglesia y censura al teórico racista inglés H. St. Chamberlain por creer que el Cristianismo es un mundo espiritual (página 349).

En consecuencia, Hitler es totalmente ajeno a la idea de Religión revelada; su concepto de Dios no sobrepasa al que tiene cualquier liberal alemán nutrido de las ideas de la Ilustración (*Aufklärung*). Mejor dicho, es en eso Hitler hijo del liberalismo, amamantado de sus más ridículos lugares comunes, que repite frecuentemente.

Ya en su introducción crítica, el profesor Dr. RITTER hace notar (pág. 15) que Hitler asimiló tópicos vulgares de la literatura de la Ilustración, que se encuentran igualmente en la obra del teórico racista, con pretensiones de vuelo filosófico, ROSENBERG, en su obra *Mito del siglo XX*.

Uno de los tópicos es la separación de la Iglesia y del Estado, con el sentimiento y deseo secreto de perseguirla. Tópico caro a los hombres de la Ilustración y que Hitler recoge. Dice, incluso, que aunque los norteamericanos le son poco simpáticos en general, ha de reconocer como digno de alabanza el que sus estadistas hayan organizado las relaciones entre la Iglesia y el Estado partiendo de una base razonable, al señalarlas como marco para su desarrollo el aplicable a cualquier género de reunión, y sin subsidios o apoyo económico de ninguna clase (pág. 371) (2).

(2) Un poco estupefacto quedaría de su coincidencia parcial con Hitler, en este limitado aspecto doctrinal, el célebre y rabioso pastor anabaptista de Washington, Edward H. Pruden, que, como otros muchos tantos protestantes, ha venido oponiéndose en los Estados Unidos a las

El Dios de Hitler es el Dios de los agnósticos, es decir, el Dios del mundo liberal, salido del siglo de la Ilustración; el Dios a que certeramente se refiere DONOSO CORTÉS en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, al hacer notar cómo «el socialismo democrático tiene razón contra el liberalismo cuando le dice: ¿Qué Dios es ese que ofreces a mi adoración y que debe ser menos que tú, porque ni tiene voluntad ni es siquiera una persona? Yo niego el Dios católico, pero negándolo le concibo; lo que no puedo concebir es un Dios sin los divinos atributos. Todo me inclina a creer que no le has dado la existencia sino para que Él te dé la legitimidad que no tienes: tu legitimidad y su existencia son una ficción que cabalga en otra ficción y una sombra que cabalga en otra sombra».

Hitler no es, sin embargo, ateo; critica a los rusos por serlo y dice: «Los rusos pueden destruir a sus popes, pero no convertir tal lucha en una contra lo más Alto. Es un hecho que somos criaturas impotentes; pero, sin embargo, existe realmente una Fuerza creadora. El negarlo es una necedad» (pág. 343).

Al citar a DONOSO CORTÉS, considerando estas relaciones más íntimas de lo que pudieran parecer a observadores superficiales entre el mundo liberal nacido de la Ilustración y Hitler, cobra valor profético el juicio del gran pensador político español cuando dice en su carta a Tejado (París, 1 de mayo de 1851): «El liberalismo y el parlamentarismo producen en todas partes los mismos efectos. Este sistema ha venido al mundo para castigo del mundo; él acabará con todo: con el patriotismo, con la inteligencia, con la moralidad, con la honra; es el mal, el mal puro, el mal esencial sustancial. Eso es el parlamentarismo y el liberalismo. Yo temo que entre en los designios de la Providencia que ese mal no pueda ser extirpado sino por otro mayor; para ese mayor se preparan tal vez todas las sociedades.» (Lo subrayado lo es por nosotros.)

De lo expuesto se puede fácilmente de-

relaciones diplomáticas con la Santa Sede, en nombre precisamente de la doctrina de la separación entre la Iglesia y el Estado, que, al parecer, ven los protestantes en peligro ante el simple anuncio de envío de un representante diplomático norteamericano a Roma.

ducir el poco afecto e interés que Hitler tenía que sentir por España, su Régimen y Jefe de Estado. El general sentir católico español era para él incomprensible.

Al final de la sobremesa del 19 de febrero de 1942 dice, y es comentario altamente interesante: «Sino existiera el peligro de que el bolchevismo dominase a Europa, no me hubiese opuesto a la Revolución (roja) en España. Hubiera exterminado a los curas, y si éstos, en cambio, se hacen los dueños, entre nosotros, caería Europa otra vez en una tenebrosa Edad Media» (pág. 51).

Otra vez vemos cómo salta el lugar común y la vulgaridad procedente de la «Ilustración», la supuesta oscurantista Edad Media de los católicos ignorantes y brutales, olvidando el reproche mudo que a tanta mentira necia oponen las finas góticas agujas de las más bellas catedrales europeas.

En otra sobremesa, la del 5 de julio de 1942, critica el que se atribuya en España a favor providencial la salvación del frente de Segovia ante un ataque rojo cinco veces más potente. Bien cierto es que la información que se le eleva, un acto en honor de Nuestra Señora de la Fuencisla, y que origina el comentario, parece ser torcida y se le presenta como de pura superstición. Hitler manifiesta su escepticismo por España, y «si alguna vez visitase los países europeos, de lo que está seguro es de que nunca vendría a España» (pág. 90).

En otro comentario sobre España, en la tarde del 7 de julio de 1942, surge de nuevo la Iglesia Católica, que supone en oposición al régimen español. Da Hitler su opinión: extirpación del magisterio y enseñanza de la Iglesia sobre la juventud y profecía, si así no fuese, una nueva revolución diciendo: «Tal vez España tenga pronto que pagar con su sangre el que Franco haya reconocido la Iglesia como un Poder en el Estado, no habiendo logrado, al revés que en Italia y Alemania, una verdadera y completa Revolución nacional» (pág. 95).

La sobremesa del 7 de julio de 1942 es interesante en cuanto registra no sólo el juicio de Hitler sino el del mariscal Keitel y el del diplomático Hewel, que agravian a nuestro país. Keitel, pedantemente, asegura cómo en la entrevista de Hendaya los soldados españoles tenían sus fusiles descuidados y sucios, deduciendo que nuestro

Ejército era muy inferior. El diplomático Hewel opinó que la mayoría de nuestro pueblo estaba corrompido. Esta vez Hitler defendió objetivamente a la gente de nuestra Patria, manifestando que los españoles, rojos o no, empleados por la Organización Todt, trabajaban con gran disciplina y capacidad, con muy digno comportamiento (*eine durchaus wertvolle Haltung*). Incluso sugirió la conveniencia de formar con los 40.000 españoles que dice utilizaba la Organización Todt, un núcleo decisivo para influir en una eventual y nueva guerra civil en España.

La más inteligente observación es la cita que se hace del almirante Canaris, atribuyéndole un comentario náutico, que quiere ser despreciativo al repetirlo Keitel, y en el que Canaris asegura que en Hendaya se sorprenderán al encontrar en el Jefe del Estado español un diplomático nato que sabe ceñirse navegando contra el mismo viento (*einen aufs Lavieren eingeschworenen Diplomaten zu finden*) (pág. 108).

El intérprete Schmidt atestigua también, recordemos, la superior diplomacia del Jefe del Estado español frente, no lo olvidemos, al entonces conquistador y vencedor, prácticamente, de toda Europa. Literalmente, como profetizó el almirante Canaris, el Generalísimo Franco navegó contra el mismo viento, y salvó a nuestra Patria con arte diplomático del mejor estilo, «con su voz tranquila, suave, monocorde, cuyo tono recordaba algo la llamada islámica a la oración, con consideraciones que ponían a Hitler cada vez más intranquilo. Claramente se veía cómo la entrevista le atacaba los nervios» (de Hitler) (*wurde Hitler immer unruhiger. Die Unterhaltung ging ihm sichtlich auf die Nerven*), dice taxativamente el Dr. Schmidt (3).

En contraste con el poco aprecio que despierta la España católica y su régimen (punto curioso de coincidencia entre Hitler y los doctrinarios liberales izquierdistas de Londres, París y Washington), se destaca el entusiasmo, de persona a persona, por Stalin, en cuanto éste representa el poder político absoluto, sin control espiritual alguno. (Otro punto curioso de coincidencia entre Hitler y tanto necio liberal izquier-

(3) Para la entrevista de Hendaya véanse las páginas 500 a 503 del libro del Dr. Paul SCHMIDT: *Statist auf diplomatischer Bühne 1923-45*. Athenäum-Verlag, Bonn, 1949.

disto europeo y americano que convirtió en insensato lema de su limitada sabiduría política el «pas de péril á gauche» del doctrinarismo liberal francés anticatólico y antiespañol por esencia.)

Hitler elogia a Stalin por su despiadada unificación política de la U. R. S. S. con su pueblo, en rígida obediencia a un Estado absoluto (pág. 71).

Más adelante, califica de genio a Stalin (pág. 113), aunque teme la extensión de su dictadura por el resto de Europa, observando inteligentemente cómo puede aprovechar el vacío creado por la desaparición de la metafísica cristiana, sustituida por una ideología materialista.

Y si a Churchill lo designa como chacal, a Stalin le llama tigre, desenmascarando su hábil política de aparente amistad y abrazos públicos a los agregados militares alemanes en Moscú, con la frase er. los labios de ¡eternamente amigos! (*Wir bleiben ewig Freunde!*) (Pág. 126.)

¡Qué tremenda lección actual para los ingenuos que abrigan en Francia y otros lugares de Europa deseos de neutralismos y creen las promesas de paz soviéticas!

Los otros aspectos de Hitler que reflejan estas conversaciones de sobremesa son de menor interés para el lector español, como: el odio a los judíos, como raza; el deseo de crear una zona de expansión para el excedente de población alemana y a expensas de los rusos, etc.

La Iglesia Católica, como hemos visto, merece poco aprecio a Hitler; pero los juristas, diplomáticos y funcionarios en general son todavía más despreciados si cabe.

Si nos atrevemos a sintetizar nuestro juicio, debemos lamentar el que una persona como Hitler, tan poseída de sí misma, llena sin duda de gran poder de convicción, y

partiendo de bases tan falsas, hubiese podido lograr un poder tan tremendo sobre un pueblo disciplinado y leal como el alemán, volviéndose contra este último ambas sus más nobles virtudes.

Pero vamos al fondo de nuestra tesis, contra la corriente en vigor:

¿Hasta qué punto es Hitler causa de las desgracias de Alemania y de Europa, pues Alemania es su corazón y no sólo en el aspecto geográfico?

¿No es más bien Hitler tempestuoso hijo de su tiempo y consecuencia de la decadencia de Europa?

Incluso la receta política de Hitler, «Unificación de Europa» bajo hegemonía alemana, ¿no es la que pretenden aplicar ahora sus enemigos?; pero en provecho exclusivo del grupo que se cree dominante.

La realidad es que Europa no existe, a nuestro juicio, salvo como concepto geográfico. Existía la Cristiandad, la espiritual dirección de Roma que quebró la Reforma y acabó de destruir el liberalismo.

Y con Donoso Cortés, creemos prácticamente imposible el que los pueblos europeos que han tenido la desgracia de perder la fe sean capaces de recobrarla.

¿Puede así resucitar la verdadera Europa, es decir, la Cristiandad?

Sólo España queda como resto de Europa, islote arcaico, que Dios nos conserve. Nuestra recia individualidad católica, con la incompreensión que por ella sentía Hitler y que comparten los doctrinarios liberales de Europa y América, es para nosotros la única garantía de dignidad y supervivencia en un mundo turbado por haber vuelto la espalda a la Verdad.

José RAMON SOBREDO

WALTER MILLIS y EUGENE S. DUFFIELD: *The Forrestal Diaries*. Nueva York, The Viking Press, 1951.—581 págs.

Cuando James Forrestal presentó su dimisión como Secretario de Defensa de los Estados Unidos en el mes de marzo de 1949, dejó en su despacho un gran número de documentos personales. La mayoría de éstos fueron guardados en una media docena de archivadores y en varios cajones, y a su fallecimiento fueron entregados a sus

albaceas testamentarios. Toda esta documentación era únicamente de tipo privado. Forrestal la llamaba *su diario*, y había empezado a formarse a mediados de 1944, poco después de haber sido nombrado Secretario de Marina.

Una grave enfermedad fué la razón de presentar su dimisión al cargo de Secreta-

rio de Defensa, retirándose a Hobe Sound (Florida) para intentar reponer su salud. Desde este lugar envió instrucciones, en unión de unos documentos, que hasta aquel momento conservaba en su poder, a fin de que todo este material fuera depositado en la Casa Blanca. Esta decisión de James Forrestal estaba fundamentada en su deseo de que todo su archivo particular, mucha parte del cual era confidencial y reservado, no cayera en manos irresponsables que lo publicaran.

Esta documentación, formada, no para en un futuro ser publicada, sino como recordatorio de todas las conferencias, conversaciones y decisiones en los que intervino Forrestal durante todo aquel tiempo en que ocupó cargos de confianza en la Administración norteamericana, no tiene la forma de unas Memorias.

Después de la muerte de Forrestal todo su archivo se conservó en la Casa Blanca hasta el mes de enero de 1950, que fué examinado y estudiado por funcionarios de la Presidencia del Estado y del Departamento de Defensa. Está formado por quince carpetas, que contienen unas tres mil hojas escritas a máquina, y, junto a ellas, hay copias de documentos secretos.

La labor realizada por los referidos funcionarios fué ordenar toda la documentación por orden cronológico, y de todo el conjunto de la misma, separaron nueve documentos, que consideraron no era conveniente vieran la luz pública por su naturaleza técnica y muy perjudicial su conocimiento para la seguridad militar. Terminada la labor encomendada, los funcionarios encargados de ella autorizaron la publicación del archivo de Forrestal, adquiriendo los derechos el diario *New York Herald Tribune*, encargando la Compañía propietaria del periódico a Walter Millis y a Eugene S. Duffield, funcionario del Estado y ayudante de Forrestal desde 1942 a 1945, la tarea de preparar la edición, intercalando los comentarios y datos convenientes para convertir el *Diario* en un todo continuado.

En muchos sentidos, James Forrestal fué una de las personalidades de mayor relevancia entre los altos funcionarios de la Administración norteamericana, que actuaron durante la guerra y el período inmediatamente posterior a ella. Su carrera política es poco corriente, y fué de todo el

equipo político de Roosevelt el único que siguió con Truman hasta marzo de 1949, en que solicitó su relevo.

Dedicado al periodismo, perteneció a la redacción de varios diarios. Durante la primera guerra mundial se alistó en la Marina de Guerra, para pasar luego al servicio de Aviación Naval, y estuvo destinado en la Sección de Operaciones del Estado Mayor Naval, en Washington. Cuando en mayo de 1940 Roosevelt decidió formar un Gobierno de coalición, entraron en el mismo dos preeminentes personalidades del partido republicano: Henry L. Stimson y Frank Knox, que fueron nombrados, respectivamente, Secretario de Guerra y Secretario de Marina, y el 5 de agosto de dicho año, el Presidente nombró a Forrestal para el puesto de Subsecretario de Marina, cargo que había autorizado su creación el Congreso pocos días antes. Su labor al frente de la Subsecretaría fué de una efectividad digna del mejor elogio, pues no se limitó a una actuación puramente administrativa, sino que su intervención en los asuntos políticos fué de gran relevancia e incluso, a veces, decisiva.

Al morir repentinamente el 28 de abril de 1944, Fran Knox, era el candidato indiscutible para cubrir tal vacante, y el 19 de mayo de dicho año juraba el cargo. Por último, en septiembre de 1947, se le nombraba Secretario del Departamento de Defensa, organismo en el que se englobaban las Secretarías de Ejército, Marina y Aire.

*The Forrestal Diaries* es una obra compuesta únicamente por catorce capítulos, y el desarrollo de la misma comprende desde los últimos días de la administración del Presidente Roosevelt hasta la preparación del presupuesto militar para el año fiscal de 1950, que puede denominarse como el presupuesto del rearme norteamericano, en vista de la situación internacional, después de todos aquellos hechos que han demostrado a los Estados Unidos la necesidad de revisar y recapacitar sobre su política exterior.

Por esta razón, gran parte del *Diario* de Forrestal está dedicado a los temas de la guerra fría, al bloqueo de Berlín y a la valoración de la política soviética y su réplica, la preparación de la defensa occidental bajo los insinuantes avisos de alarma lanzados por los Estados Unidos. Forrestal fué uno de los primeros hombres de la

política norteamericana que se dió perfecta cuenta de la amenaza rusa en su deseo de dominar al mundo, y cala hasta lo más profundo en sus Memorias el tema de la atemorizante y creciente amenaza que quieren los comunistas desencadenar sobre toda la civilización y orgánica del universo.

Otra de las cuestiones que también se tratan con el mayor detenimiento es todo lo referente a la debatida política seguida por los Estados Unidos en el Lejano Oriente, cuestión que en casi su totalidad se encuentra en íntima relación con la tensión política existente entre Wáshington y Moscú.

Convencido James Forrestal que su país no estaba suficientemente armado y preparado para hacer frente a las ayudas de material militar necesarias a las Naciones Aliadas de Norteamérica, su idea base era crear un sistema efectivo en el nuevo Departamento de Defensa, capaz de hacer desaparecer los celos que existían entre los distintos Servicios Armados de la nación, y obtener unos presupuestos militares adecuados para hacer frente a todos los gastos necesarios para sostener a los Estados Unidos en la posición de potencia militar de primera magnitud, sin paridad con ningún otro país.

Durante todo su mandato al frente de los altos organismos administrativos que le fueron confiados, realizó un trabajo verdaderamente realista, y tuvo el coraje suficiente para enfrentarse con los importantes e insuperables problemas de los años de la postguerra. Sin embargo, las amarguras que tuvo Forrestal en el tiempo de su mando fueron la causa de que se produjera en su mente un clima de fracaso y de derrota que aumentó, con el transcurso de los días, y que provocaron su renuncia al cargo de Secretario de Defensa y más tarde el suicidio.

*The Forrestal Diaries* son una interesante aportación a la historia de la política interna y externa de los Estados Unidos, y su mayor interés puede ser en que se publican en un momento que los hechos que relata y comenta son aun de primera actualidad y, al mismo tiempo, son de gran necesidad para comprender las graves coyunturas internacionales de nuestro tiempo.

El capítulo central de toda la obra es el que se titula «Soviet Policy and American Defense». Byrnes había cesado como Se-

cretario de Estado el 21 de enero de 1947, y Forrestal se prepara entonces para hacer frente al inicio de una serie de acontecimientos que hoy día están en plena crisis. Según James Forrestal, la única posición que merece Rusia es mantener una actitud resuelta y de constante firmeza. Por estas fechas es también cuando el Presidente de los Estados Unidos anuncia lo que se ha denominado «Doctrina Truman». Son, pues, días decisivos. Los gobernantes norteamericanos llegan al triste y real convencimiento que hay que hacer un cambio total de rumbo en lo que se refiere a la política con el Kremlin.

Y así, en este capítulo, van apareciendo, uno tras otro, aquellos hechos que hoy se encuentran en plena crisis. La situación de Grecia y Turquía son consideradas con especial interés, pues la caída —entonces— de la primera en manos de los comunistas, hubiera representado perder ambas naciones para el mundo occidental. Junto a este tema se trata la importancia que para los Estados Unidos representa el Mediterráneo.

En una reunión que se celebra en el Pentágono el 27 de abril de 1947 y a la que asistieron Forrestal, los generales Eisenhower y Spaatz y el almirante Nimitz, se trataron asuntos tan actuales como el de Corea, en el que los norteamericanos, forzados por las circunstancias, veíanse obligados a pensar en una ocupación del país, aunque Eisenhower no considerara que los rusos estuvieran dispuestos a desencadenar la guerra. Otro tema tratado en la misma fué la restauración de Italia como potencia militar, opinión defendida por Nimitz, ya que consideraba tal península de capital importancia para los Estados Unidos.

Las medidas tomadas a fin de conseguir que si el presupuesto para el año fiscal 1947-48 se reducía no afectara para nada a la Marina; las revisiones de las situaciones de Alemania y Japón; la política relativa al petróleo de Medio Oriente, asunto del que decía el senador Brewster que controlar esta zona era mantener asegurado el destino de Europa, son temas que van sucediéndose, uno tras otro, para indicar la previsión de un grupo de militares y políticos que vislumbraba un porvenir demasiado cercano. Cuatro años después, todos ellos están en la actualidad internacional.

Respecto a España, pocas son las anotaciones que figuran en estas Memorias de

Forrestal, pero de interés evidente, por la calidad de las personalidades que la exponen.

En un almuerzo celebrado el 31 de octubre de 1947, George Kennan, considerado en los Estados Unidos como el diplomático más sagaz y capacitado de todo el país, expresa que para la política internacional norteamericana es necesario llegar a un acuerdo con España y Japón. Como primera medida debe ordenarse —dice— a los representantes del país en las Naciones Unidas que no intervengan en ningún asunto que tienda a desacreditar al Gobierno español; y —añade— no se puede opinar sobre el Mediterráneo sin tener en cuenta a España y a la cuestión del tránsito por el Estrecho de Gibraltar.

Luego, el 26 de mayo de 1948, anota Forrestal en el *Diario* la conversación que tuvo con Staton Griffis, al que se le ofrecía la Embajada en Egipto, mas éste declina el ofrecimiento, pues le interesaba más representar a su nación en España. Aquél se muestra conforme con la elección, aunque no menosprecia una nación por la otra,

ambas de capital valor para la política externa norteamericana.

La tercera y última referencia es la posición de Marshall, relativa a las ayudas militares al extranjero. Quiere ayudar a España, pero ha de seguirse una senda muy cautelosa, para no producir celos en Francia y Gran Bretaña.

Son, pues, estos *Forrestal Diaries* de gran interés actual. Su publicación en estos momentos descubren muchos puntos, sobre los que hasta ahora había un cierto desconocimiento y, al mismo tiempo, revelan una cierta previsión por parte de los Estados Unidos en política internacional, que ha sido negada por numerosos comentaristas.

Por último, la obra contiene un excelente índice de personalidades y temas que permiten al lector buscar rápidamente el dato que necesita, siendo asimismo de interés la relación de todos aquellos que ocuparon los puestos de Secretarios, Subsecretarios, Consejeros, Ayudantes y Jefes de Estados Mayores de los tres Ejércitos en los Estados Unidos durante la pasada década de este siglo.

LUIS MARÍA LORENTE

*Les Archives Secrètes de la Wilhelmstrasse.* París. Librairie Plon, 1951.—632 páginas.

Corresponde este libro al volumen II de la colección «Les Archives Secrètes de la Wilhelmstrasse», cuya publicación fué iniciada el año pasado con el tomo titulado «De Neurath a Ribbentrop, septembre 1937-septembre 1938», y del que dimos debida cuenta en el número 3 de nuestros CUADERNOS. El tomo que hoy nos ocupa recoge todos los documentos relativos a la llamada cuestión checoslovaca, correspondientes al período de tiempo comprendido entre octubre de 1936 y septiembre de 1938. Es decir, a la etapa de la historia checoslovaca que abarca desde las primeras agitaciones del partido alemán de los sudetes (S. P. D.), hasta la capitulación franco-británica de Múnich en septiembre de 1938. La versión francesa, según nos advierte su introducción, ha omitido, «por razones prácticas», algunos documentos «de importancia relativamente secundaria» que figuran en las ediciones alemana e inglesa. Aparte de esta mutilación, se echa de menos en ella una

serie de datos informativos de cierto interés que figuran en aquellas ediciones, y que están integrados por cinco anexos sobre: clasificación de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, organización y personal del Ministerio, «dossiers» utilizados, 201 indicaciones biográficas, precisiones sobre la terminología administrativa, así como dos mapas tomados del Libro Blanco que publicó en 1938 el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Los documentos dados a la publicidad en este segundo volumen de la colección, están integrados por informes diplomáticos, correspondencia y telegramas y se hallan reproducidos, en la generalidad de los casos, íntegra y textualmente. Tan sólo, cuando su extensión era excesivamente larga, han sido cuidadosamente extractados, advirtiéndose de ello al lector en cada caso concreto.

El libro recoge 415 documentos, ordenados cronológica y numéricamente e ilus-

trados a veces con breves notas explicativas, que se hallan repartidos en siete capítulos, cuyos epígrafes son los siguientes:

«Cap. I. Allemagne et Tchécoslovaquie (octobre 1937 á mars 1938).—Cap. II. De L'annexion de l'Autriche a la crise de mai. Cap. III. La crise de mai et ses répercussions.—Cap. IV. De la crise de mai a la mission Runciman.—Cap. V. Evénements menant a la crise de septembre.—Cap. VI. La crise de septembre: Godesberg (16-23 septembre), y Cap. VII. La crise de septembre: Munich.»

La diversidad de materias que constituyen el contenido de los documentos recopilados nos impide hacer una reseña exhaustiva del libro. Esta renuncia es absolutamente forzosa, porque de lo contrario nos veríamos obligados a sintetizar todo el conjunto del libro. Nos limitaremos, por tanto, a indicar, en líneas generales, los documentos o serie de documentos que constituyen los principales hitos del proceso que siguió la cuestión checoslovaca.

En el primer capítulo, el grueso de la documentación va referida a los incidentes de Teplitz-Schönau, que tuvieron lugar el 17 de octubre de 1937. Son especialmente significativos los informes del ministro alemán en Praga, Eisenlohr, y los del jefe del partido alemán de los sudetes, Henlein, a través de los cuales se aprecia en toda su complejidad la intrincada cuestión política de la minoría alemana de los sudetes.

En el segundo capítulo, la serie de documentos recopilada patentiza el desasosiego de Francia e Inglaterra ante la posibilidad de que el III Reich incorporase, del mismo modo que había hecho con Austria, el territorio de los sudetes y la correlativa preocupación del Gobierno alemán en despejar la incógnita de la reacción franco-británica en el supuesto de que dicha incorporación se llevara a cabo.

Merecen especial mención también los documentos en que se dan instrucciones al jefe del partido alemán de los sudetes, y uno del máximo interés en el que se recoge el llamado *plan verde* o plan militar contra Checoslovaquia, elaborado por el general Keitel.

El capítulo tercero refleja todo el proceso de agravación de la tensión germano-checoslovaca. La documentación que recoge está integrada principalmente por los informes de la diplomacia nazi, sobre la

posible actitud que en caso de un conflicto con Checoslovaquia adoptarían las diferentes potencias europeas: Francia, Gran Bretaña, Italia, Rumania y U. R. S. S. También forman parte de su contenido algunos documentos en los que se expone con toda minuciosidad todos los detalles de la llamada *operación verde*.

En el capítulo cuarto del libro se destaca, con toda su gravedad, la cuestión de los sudetes. La inquietud europea ante la posibilidad de una guerra se patentiza en una serie de documentos. En otros, se revela el interés occidental de llegar a un arreglo pacífico de la cuestión, con la máxima urgencia, provocado por la firme postura alemana de proteger a toda costa a la minoría sudete. Fruto de aquel interés fué el nombramiento de Lord Runciman en calidad de mediador entre el Gobierno de Praga y el S. P. D. Los documentos que se ofrecen a la consideración del lector en este capítulo son, por tanto, del máximo interés, y, entre ellos, debe destacarse el documento número 145, firmado por Zeitzler y Keitel, en el que se desarrolla todo plan estratégico para una posible y eventual acción bélica contra Checoslovaquia.

El quinto capítulo, el más prolijo de todos, es todo un mosaico de documentos integrados por los informes de los diplomáticos alemanes en Praga, París, Londres, Bucarest, Moscú, Washington, Belgrado e Italia, en los que dan cuenta de la opinión de dichos países sobre la cuestión checoslovaca y de la posible actitud que adoptarían en un conflicto armado. Se recogen también nuevos documentos de carácter militar, como las notas manuscritas del ayuda de campo de Hitler sobre la conferencia de Nüremberg. Y, finalmente, una nota sobre la entrevista entre el Führer y Neville Chamberlain, que tuvo lugar el 15 de septiembre del 38.

El capítulo sexto da cuenta de las negociaciones llevadas a cabo por las naciones occidentales de Alemania para un arreglo pacífico de la cuestión, recogándose las entrevistas de Chamberlain-Hitler celebradas en Berchtesgaden, y las celebradas en Godesberg, el 22 y 23 de septiembre del 38, así como la correspondencia cursada entre Hitler y Chamberlain. Son dignos de destacar, por su interés, la nota conjunta de los Gobiernos inglés y francés al checos-

lovaco, y todos los documentos relativos a las pretensiones de Hungría y Polonia respecto a sus respectivas minorías radicantes en territorio checoslovaco, y algunos documentos en los que se reflejan los rumores que por entonces corrieron acerca de un posible pacto soviético-rumano de asistencia a Checoslovaquia.

En el capítulo séptimo se da cuenta de las gestiones llevadas a cabo por Inglaterra a través de su primer ministro Chamberlain y de Wilson para llegar a una resolución definitiva de la cuestión, así como del llamamiento dirigido por Roosevelt al Führer, rogándole que inspire toda su política en el supremo bien de la paz. Es particularmente interesante la nota sobre la entrevista que tuvo lugar en Munich entre los primeros ministros inglés, francés, el Duce e Hitler, así como el texto del acuerdo subsiguiente de 29 de septiembre de 1938 (documento 414), con el que se pretendió resolver en forma pacífica la cuestión de la ocupación por parte de Alemania del territorio de los sudetes.

Aunque, por razón de su contenido, parece difícil pensar que en él puedan encontrarse documentos relativos a España, hay, no obstante, algunos que vamos a consignar. Así, en la pág. 248, en el documento 136, se hace una referencia a nuestra guerra civil y, concretamente, a la intervención francesa en la misma, negándose las informaciones relativas a los suministros de material de guerra al Gobierno rojo y especificando que los voluntarios franceses que luchaban en España eran su mayoría extranjeros residentes en el cinturón rojo de París. Pero las referencias más importantes de nuestra Patria se encuentran en el documento 297 (pág. 481), en el que el embajador alemán cerca de Franco, von Stohrer, informa al ministro de Asuntos Exteriores de su país acerca de la entrevista que celebró con el Conde de Jordana, ministro de Asuntos Exteriores de la España Nacional. El documento dice así:

«En el curso de la visita que le he hecho hoy en Burgos, Jordana se ha mostrado extremadamente preocupado ante las consecuencias que podría tener para la España Nacional la eventualidad de que la cuestión checoslovaca condujese a un conflicto armado y la posible intervención de Francia en dicho conflicto. El ministro de Asuntos Exteriores francés [M. Bonnet] le había

hecho saber que el Estado Mayor galo tendría en tal supuesto, como primer objetivo, la entrada en Cataluña y la ocupación de los puertos rojos en el Sur de España. Además, él [el Conde de Jordana], había sabido por otros conductos que Francia se aprestaba a invadir la zona española de Marruecos. La información de Bonnet podía no ser más que una amenaza, pero es indudable que la causa de la revolución nacional española se vería seriamente comprometida, en los momentos actuales, si estallase un conflicto armado en Europa Central. El Conde de Jordana había ordenado al embajador de España en Berlín que llamase la atención del Gobierno alemán sobre estas graves preocupaciones. El ministro de Asuntos Exteriores español desmintió los rumores que corren sobre el hecho de que Francia se esforzaría en obtener la neutralidad de Franco en un conflicto europeo. El oficial de enlace alemán en el Cuartel General [de Franco] me informa que, en razón de los acontecimientos en Europa Central, dicho Cuartel General está muy deprimido y no sabe ocultar su descontento respecto a nosotros por el hecho de que parece que hemos escogido la fecha para el arreglo de la cuestión sudete a espaldas y sin miramiento para la causa de la España Nacionalista.»

El documento número 381 (pág. 584), constituido por una nota del subsecretario de Estado para el ministro de Asuntos Exteriores alemán, se recoge un informe relativo a la gestión desempeñada por el Marqués de Magaz, embajador de España en Berlín, para comunicar al Gobierno del Reich la necesidad en que se encontraba el Gobierno de Franco de entrar en negociaciones con Inglaterra y Francia para asegurar la neutralidad de España en caso de guerra.

El documento 392 completa la información sobre la gestión desempeñada por nuestro embajador en Berlín. De su contenido se deduce la insistencia del Gobierno de Franco en asegurar la neutralidad española mediante un pacto con Francia e Inglaterra en el que éstas se obliguen, como contraprestación, a no atacar a España si el conflicto europeo llegaba a producirse.

En su conjunto, el libro que comentamos es de extraordinario interés. Los historiadores de nuestro tiempo encontrarán en este tipo de publicaciones un instrumento

## BIBLIOGRAFÍA

de trabajo extremadamente útil, sobre todo, respecto de los países vencidos. No obstante, nos vemos obligados a hacer ciertos reparos a esta edición francesa, consistentes en no haber incluido un índice más completo que el de los siete capítulos que más arriba transcribimos. El lector no especializado en la Historia europea correspondiente al período comprendido entre los años 1937 y 1938, encontrará, sin duda, serias dificultades en localizar los informes y documentos que precise. También es un defecto, a nuestro juicio, el no haber encabezado, si no todos, los más importantes

documentos con un breve resumen, o, por lo menos, con un epígrafe que diera razón de su contenido. Por lo demás, y salvo algunos errores (como el que se desliza en la página 481, que localiza la Embajada alemana cerca de Franco en la capital de la zona roja, Madrid), inexcusables en una publicación de este tipo, el libro está escrito en buen francés, y pensamos que dada la especialización de sus directores de publicación, la traducción de los documentos alemanes sea impecable.

MANUEL MONTERO MARTIN

GIRIJA MOOKERSEE: *This Europe*. Calcutta Saraswaty Library, 1950.—215 págs.

El autor de este libro es un universitario indio, que, después de terminar sus estudios en la Universidad de Calcuta, se fué, como la élite de sus compatriotas, a Europa, visitando las Universidades de Londres, París y Friburgo, aclimatándose en el Occidente. Había sido miembro activo en el movimiento nacionalista hindú, y había ya escrito algunos libros sobre temas de política internacional y ocupado una cátedra en la Universidad de Praga, antes de la desmembración de Checoslovaquia. Actualmente pertenece a la carrera diplomática y ocupa altas funciones en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la India.

La guerra le sorprendió en París en 1939, y su libro empieza cuando el conflicto se cierne sobre el mundo y termina un año después de la derrota de Alemania, cuando puede regresar a la India, por fin libre. Cuenta su odisea paso a paso en una lengua juiciosa y con una habilidad que no deja resquicio al aburrimiento, manteniendo vivísimo el interés desde la primera hasta la última línea.

Nunca había imaginado que París podía caer en manos de los alemanes. Se fugó en el último momento, uniéndose al flujo del éxodo demasiado tarde. Pronto el avance alemán le sobrepasó, y no tuvo más remedio que volver a París. Cuenta el alborar de la llamada colaboración, que encontró menos simpatías en las clases modestas, pero que, por otro lado, fué favorecida por el disgusto contra los prohombres de la Tercera República. A este propósito evoca algún episodio de la vida de Reynaud.

Poco tiempo duró la temporada de observación. Si los ingleses le consideraban como paria, siendo indio, sin embargo, tenía la nacionalidad británica. Un día, la «Sureté Française», actuando en nombre de la Gestapo, le sacó de la cama y le trasladó a la prisión de Fresnes. Después de una breve estancia, fué trasladado a la «Grand Caserne de St. Denis», donde vivían en comunidad los extranjeros considerados como enemigos y no bastante ricos para rescatarse de la detención.

Cuando los alemanes decidieron no considerar a los indios como súbditos enemigos, fueron éstos liberados. El autor se encontró en París otra vez. Pero el ambiente había cambiado; se vió envuelto en las olas del odio y de la indiferencia. Ya había empezado la guerra civil que iba a lacerar Europa y que, sin duda, no ha llegado todavía a su punto culminante. En todas partes se había instalado el Estado Policía, nueva forma, de ahora para el futuro, del régimen de varios países. Una reunión en honor de Rabindranath Tagore, que los alemanes con mucha complacencia autorizaron, es el sólo suceso notable en este período.

Más tarde, un amigo le invitó a irse a Alemania, donde —hecho que le había sido ocultado a él como a todo el mundo— encontró a Subhas Chandra Bose. Después de algunas conversaciones con este hombre extraordinario, se comprometió en el Movimiento para la India libre, «Azad Hind Ki Awaz». Subhas Chandra Bose estaba interesado, sobre todo, en la creación de un

ejército indio, aunque la parte principal de la actividad del grupo parece haber sido la organización y la administración de una emisora de radio, dirigida, primero, al pueblo indio; después, también, a Gran Bretaña y a los Estados Unidos.

De Berlín y de la vida en la capital del Reich durante la guerra, el autor da una pintoresca visión, con su perfil de intrigas, entre ellas, la muy conocida entre el Ministerio de la Propaganda y el «Auswärtiges Amt». Los bombardeos obligaron al grupo a huir a Holanda, mientras que Subhas Chandra Bose, en otra escapada audaz, había llegado al Japón. Pero la invasión del Continente europeo por los aliados, forzó a la emisora india a volver a Alemania, a Helmstedt. Por lo pronto, había que huir de allí también en medio de condiciones indescribibles. Merced a la amistad de un diplomático japonés, a la complicitad del «Auswärtiges Amt», y con la ayuda de un guarda fronterizo alemán, pudo escaparse a Suiza... únicamente para ser encarcelado en Zurich y expulsado hacia Alemania. Mientras tanto, los franceses habían ya ocupado la región, y en vez de molestarle, le emplearon dándole el rango de oficial y llevándole a Suiza, donde, ahora, obtuvo un gran éxito.

Vino la retirada de las tropas francesas. El autor se quedó solitario y aislado. El descanso fué breve. La «Sécurité Française» le arrestó en nombre del «Secret Service». Encarcelado en Constanza, fué liberado en circunstancias que no indica, y pudo regresar libre a la India libre.

\* \* \*

El autor hace por primera vez en su vida la experiencia de la guerra. Lo dice desde el comienzo y lo repite en varias partes. Esta virginidad le da una visión más directa y genuina que la que tenemos nosotros, que casi no hemos conocido más que vida del frente. Al mismo tiempo, le expone a plantear algún caso como abrumador, mientras que no es más que el corriente incidente bélico. La ocupación de un pueblo francés por los alemanes, parece un suceso inolvidable, y el autor, con sus compañeros, trata por medios tan complicados como cómicos de escapar, creyendo probablemente que toda ocupación significa necesariamente matanza; en realidad, no pasó

nada (pág. 20). Lo mismo ocurre con la historia de dos ingleses que, por ser altos y rubios, fueron arrestados como paracaidistas alemanes durante la campaña de Francia; sólo por una gran suerte se salvaron de la ejecución (págs. 82-83). El acontecimiento presentado por el autor como increíble, se incorpora en una línea que, por cierto, tiene un sin número de casos más graves.

Una de las partes más valiosas es el retrato de Subhas Chandra Bose y la relación de las conversaciones que sostuvo con él (págs. 115 ss. y 143 ss.). Estas páginas confirman en todos los puntos y de todos modos la impresión que nos ha dejado este hombre extraordinario, dotado de una aguda inteligencia política y de una corteza exquisita. Aparece aquí con su talento organizador, con su hondo conocimiento de los hombres y con una voluntad descomunal.

El libro de Girija Mookerjee es un testimonio de la Europa de nuestros tiempos. Es el testimonio más penetrante y más objetivo que hemos leído hasta la fecha. El autor no defiende posiciones en la contienda, salvo la de la India. Por lo tanto, su libro no tiene ni el matiz de autodefensa ni el de polémica, casi inevitables en los protagonistas del drama. Tantos libros que quieren ser testimonios, no son nada más que fantasías y otro montón de palabras al uso de las múltiples interpretaciones de la historia. Los libros de historia no son siempre la historia, ni quieren serlo. El libro de Mookerjee es historia. «histoire vécue». Todos los que han tenido las mismas experiencias —y tal vez mayores— pueden comprobar la estricta veracidad de estas páginas, cuyo tono, por añadidura, tiene el sonido cristalino de las cosas vividas, el latido del corazón, la tensión de los nervios, el pulso de la sangre, el soplo humano: el éxodo en Francia, los bombardeos en Alemania, la vida en los países ocupados y en las cárceles, la psicología del hombre de la calle y, sobre todo, este fantasma de derrumbamiento que planeó sobre Europa, sobre esta Europa (*this Europe*: el título da toda la medida del contenido) que aplasta y aniquila, una verdadera visión dantesca a la cual sólo falta el panorámico del Este europeo y la experiencia de los trabajadores extranjeros como de los prisioneros militares y políticos en Alemania para ser completa.

## BIBLIOGRAFÍA

Desde luego, hay también lagunas fragmentarias que, a no dudarlo, se explican tanto por la falta de experiencia propia como por motivos de discreción diplomática: el complot contra Hitler, las relaciones de Azad Hind Ki Awaz con el Japón, etcétera.

No hay nada de preconcebido en el libro. La primera impresión es que la fuerte simpatía para Francia que impregna toda la obra, es sentimiento más que resultado de experiencia. Sin embargo, no es más que la imagen de cosas vividas, tal vez, un poco excepcionales, como su acogida por los franceses después de su expulsión de Suiza.

Por el último incidente y las circunstancias que le rodearon, no le gustan los suizos. Sólo queda inexplicada su antipatía por los nazis. Tal vez le sobran los motivos, pero su libro no nos da una justificación doctrinal o práctica. Uno barrunta el racismo, pero esa interpretación no es más que una impresión personal.

En suma: un libro de alto interés, escrito en tono ameno y, por encima de estas calidades técnicas, un libro lleno del sentido aristocrático de los valores humanos que se desvanece en la borrasca de nuestra época.

JULIÁN G. VERPLAETZSE

**BROOKINGS INSTITUTION: *Major Problems of United States Foreign Policy, 1949-1950.*** Washington, 1950.—492 págs.

En 1946 la Institución Brookings inauguró un vasto programa de investigación y educación en el campo de las relaciones internacionales, dirigido principalmente a estudiar la política exterior de los Estados Unidos. Al obrar así, tuvo en cuenta dos objetivos primarios: formar poco a poco una opinión debidamente informada y consciente de los problemas que la política internacional plantea y contribuir a la preparación del creciente número de especialistas en la materia, tan necesarios hoy en todas las naciones y, de modo especialísimo, en los Estados Unidos.

La obra dedica su primera parte a estudiar la situación internacional en el verano de 1949, haciendo un somero análisis de la posición de los Estados Unidos, en tanto que en la parte segunda se examinan los principales problemas internacionales en los cuales los norteamericanos han participado de modo decisivo.

Puede decirse que la situación internacional en el verano de 1949 está caracterizada por la pugna entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, mejor dicho entre las democracias occidentales y el comunismo internacional que no refrena sus ansias expansionistas. La política rusa ha dado al traste con todas las buenas intenciones de los occidentales y ha obstruído todo intento serio de lograr una paz duradera y estable. Durante la última guerra, a duras penas pudo conseguirse una unidad de acción en-

tre las democracias occidentales y los comunistas soviéticos, unidad que se vió bien pronto frustrada al terminar la contienda y hacerse patentes las intenciones rusas, a pesar de las promesas hechas en sucesivas conferencias: Moscú, Teherán, Yalta, San Francisco, etc. Ya en la Conferencia de Yalta y al discutir el problema de la Europa liberada, los comunistas rusos afirmaron que la Europa oriental caía dentro de su esfera de influencia y estaba sometida a su control, dándose buena prisa a convertir dichos países, a pesar de las reiteradas protestas de los Estados Unidos y la Gran Bretaña, en Estados vasallos completamente adictos y sometidos a los dictados de Moscú. La táctica obstruccionista seguida por la Unión Soviética hizo que fracasaran todos los intentos para concertar los Tratados con Alemania y Austria y se reflejó de modo claro en su actitud contra el sistema de las Naciones Unidas, negándose a cooperar en los Organismos especializados, con excepción de la Organización Mundial de Sanidad. El abuso del derecho de veto, ha hecho que el Consejo de Seguridad fracasara en la mayoría de los intentos realizados en distintas ocasiones.

El año 1947 marca un nuevo giro en la situación internacional. A la luz de los acontecimientos anteriores y de la actitud soviética, las potencias occidentales empiezan a darse cuenta de que, terminada la guerra con Alemania, tienen ante sí un nue-

vo peligro, una amenaza mucho mayor que procede de Moscú. Por esta época, la Rusia comunista acentuó su dominio sobre los países satélites y lanzó amenazas, más o menos encubiertas, sobre Grecia, Turquía y otros países del Oriente Medio, intensificando por el mundo entero la propaganda comunista, fomentando el temor y la incertidumbre e impidiendo la reconstrucción económica, base principalísima a toda estabilidad política y social.

Estos actos rusos demuestran a las naciones occidentales que su pasividad no puede seguir sin gran peligro para el mundo civilizado, y el primer movimiento se produce en Estados Unidos al proclamarse la doctrina Truman y la ayuda americana a Grecia y Turquía, hechos que demuestran que los Estados Unidos están dispuestos a oponerse, si fuera necesario por la fuerza, a la agresión comunista. El segundo paso en este sentido, es el anuncio del Plan Marshall, que ha servido para reconstruir económicamente a una Europa deshecha y a ponerla en condiciones de defenderse por sí misma. El Plan fué ofrecido en principio a todos los países, si bien la Unión Soviética se negó a participar en el mismo, impidiendo que así lo hicieran los Estados satélites, considerándolo como un medio de expansión del imperialismo americano y que tuvo su réplica en el llamado Plan Molotov y en el establecimiento de la Kominform, organismo encargado de movilizar las fuerzas comunistas para impedir la aplicación del Plan Marshall.

Las divergencias entre las democracias y la Unión Soviética se han hecho sentir de modo acusado ante el problema de Alemania, no habiéndose podido llegar a una solución favorable del mismo, que ha llevado a la división del país en dos zonas opuestas entre sí. El bloqueo de Berlín fué el símbolo característico de la pugna entre el mundo comunista y anticomunista y motivo de fricción entre ambos bloques.

La política exterior americana ha evolucionado de modo sensible en los últimos años, y de la tendencia rabiósamente aislacionista, se ha pasado al polo opuesto: al de la participación activa en todos los acontecimientos internacionales, en los que los Estados Unidos han desempeñado siempre un papel de primerísima fila. Los acontecimientos de la última guerra, particularmente el enorme desarrollo de la potencia

aérea, demostraron a los norteamericanos que su política aislacionista no podía mantenerse por más tiempo y que ya no eran inmunes a un ataque comunista, estando virtualmente interesados en la solución de los problemas internacionales, cualesquiera que fuese la zona en que éstos se presenten. Su política persigue fines bien definidos, como el mantenimiento de una paz estable, basada en la justicia, y el fomento del bienestar entre todas las naciones. De ahí el que los Estados Unidos hayan sido siempre los más decididos partidarios de las Naciones Unidas, esforzándose por lograr una franca colaboración entre las principales potencias. Estos deseos americanos se han visto frustrados por la actitud de los dirigentes del Krémelin, enemigos de toda colaboración con las democracias, a menos que dicha colaboración les reporte un beneficio y no entorpezca sus sueños imperialistas.

Todo ello ha obligado a los Estados Unidos a modificar su política exterior, que puede resumirse en los cuatro puntos de Truman, formulados en enero de 1949: 1.º Constante apoyo a las Naciones Unidas, renovando los esfuerzos a fin de reforzar su autoridad y eficiencia. 2.º Ayuda americana para la reconstrucción económica del mundo. 3.º Ayuda a las naciones amantes de la paz, en su defensa contra el imperialismo comunista, mediante un sistema de Acuerdos o Convenios encaminados a resistir por la fuerza todo intento de agresión. 4.º Procurar que los avances técnicos e industriales de los Estados Unidos lleguen a las naciones más atrasadas en ayuda de su reconstrucción. La mera enumeración de estos cuatro puntos sirve para demostrar la importancia que los Estados Unidos conceden a la creación de un amplio sistema de seguridad colectiva, creando así un sistema de fuerza que, en todo tiempo, ha sido duramente combatido; mas las circunstancias mandan, y los Estados Unidos se han visto forzados a ello a fin de defender su propia seguridad y existencia. La política soviética de expansión hacé que los Estados Unidos creen la fuerza necesaria para resistir a la agresión y les ha obligado a modificar su tradicional política, viéndose asistido el Gobierno en este aspecto por la opinión pública, si bien no puede negarse existe aún una minoría aislacionista que considera todavía factible el

permanecer alejados de los asuntos exteriores, creyéndose invulnerables dentro de su territorio y partidarios, por tanto, del aislacionismo; mas esta minoría es cada vez más reducida y puede decirse que el país está hoy dominado por una verdadera fiebre anticomunista y decidido a prestar su cooperación en todas las medidas que en este sentido se adopten.

La actitud soviética no es nada nueva, y tiene sus antecedentes en la Rusia imperial, cuya política sigue ahora Stalin, si bien en mejores condiciones y con mayor éxito. Las ambiciones territoriales soviéticas en los Estados bálticos, en la Europa Oriental, en los Balcanes, en la zona del Mar Negro, especialmente los Dardanelos, en Persia, Mongolia y Manchuria, tienden a satisfacer el sentimiento expansionista del pueblo ruso. Las condiciones de seguridad nacional exigen la creación de Estados limítrofes por completo sometidos a las directrices de Moscú y que sirvan de tope contra los enemigos tradicionales de Rusia: Alemania, en Europa; Inglaterra, en el Oriente Medio, y el Japón, en Extremo Oriente.

Mas la Rusia imperial jamás llegó a alcanzar, ni siquiera en 1815, una posición comparable a la de la Unión Soviética. La política de la Rusia zarista debió limitarse a alcanzar sus fines más bien reducidos y siempre condicionados por el equilibrio de las grandes potencias europeas. Nunca llegó a poseer en el paneslavismo el instrumento necesario para aglutinar a los pueblos eslavos vecinos en la forma que se ha conseguido en nuestros días con los Estados satélites, verdaderas marionetas en las manos del Kremlin. Los dirigentes soviéticos se envanecen de haber alcanzado las ambiciones territoriales de los grandes zares, en tanto utilizan su ideología universal como excusa para proyectar sus ambiciones mucho más allá de las de la Rusia zarista. Los hombres del Kremlin han insistido en todo momento en el hecho de que la protección y salvaguardia del primer Estado comunista constituye un deber para todos los comunistas del mundo entero. Por ello, vemos que la Unión Soviética nunca ha dudado en sacrificar a los Partidos comunistas del exterior a los intereses rusos, retirándoles su apoyo en el momento en que así lo ha juzgado oportuno.

Al terminarse la última contienda, los

Partidos comunistas instalados en el Poder en los países de la Europa Oriental fueron meros instrumentos que sirvieron para realizar cambios territoriales favorables a Moscú, creándose unos Estados satélites que protegían su seguridad y sus intereses. De igual modo, los Partidos comunistas en Grecia, Persia y China, fueron utilizados como medio para derribar a los Gobiernos democráticos entregando el Poder a los incondicionales del Kremlin, que se han convertido en los más decididos apologistas de la Unión Soviética y mantienen la discordia por doquier.

En el aspecto económico, Rusia continúa reforzando su economía devastada por la guerra y explotando al máximo y en su provecho exclusivo, las fuerzas productivas de los Estados satélites. Los dirigentes rusos reconocen que una política de autosuficiencia tiene sus desventajas, mas piensan que tales desventajas disminuirán gradualmente a medida que la unidad formada por los países que la practican vaya siendo mayor. La penetración económica en los países vecinos y la adaptación de sus economías a las necesidades soviéticas es ya un signo indicativo de la política rusa. La incorporación de la rica cuenca carbonífera de Silesia y de los campos petrolíferos de Rumania al sistema económico soviético ha de facilitar grandemente, al menos así lo esperan los dirigentes comunistas, el logro de esta autarcía.

Por otro lado, los últimos acontecimientos en el Occidente pueden haber convencido a Moscú de que el período de expansión, especialmente en Europa y en el Oriente Medio, ha llegado a su fin y de que es posible que en un futuro, más o menos inmediato, se vean obligados a devolver lo adquirido por la fuerza. La defección de Yugoslavia pudiera muy bien ser el punto culminante de dicha expansión y el símbolo de un conflicto latente entre el dogma comunista, los intereses nacionales del Estado soviético y los intereses nacionales de los Estados satélites.

Así está planteada la situación en los momentos actuales y nada tiene de extraño el giro tomado por la política exterior norteamericana, deseoso de evitar a toda costa la expansión comunista que amenaza tan directamente sus intereses vitales.

En la segunda parte de la obra se hace una revisión de los problemas de política

#### RECENSIONES

internacional en que han intervenido los Estados Unidos de modo bien directo. Tales problemas han surgido como consecuencia de la guerra y de las tareas de reconstrucción, así como del intento de llegar a la constitución de un sistema internacional para el mantenimiento de la paz y la seguridad colectivas frente a la desunión imperante entre las grandes potencias. Entre estos problemas que el presente volumen trata, descuellan por su importancia los siguientes: estudio del sistema de las Naciones Unidas; cuestión europea; el Medi-

terráneo y el Oriente Medio; el Este y Sudeste asiáticos; el Hemisferio Occidental; las relaciones económicas; la cuestión de los derechos y libertades humanos y los problemas de potencial militar. En realidad se trata de un examen de todos los acontecimientos internacionales de los últimos años, y la obra, por ello, tiene un gran valor, tanto para el especialista como para el aficionado a los temas internacionales.

JULIO MEDIAVILLA Y LOPEZ